

Entre las "cosas raras" con que Torres García enriqueció el arte nacional hay que contar, muy en primer término, los murales de la Colonia Saint-Bois. Más de 40 metros cuadrados de óleo sobre pared, de pintura constructiva planista bidimensional, escandalosa en su momento y víctima, al cabo de los años, de la negligencia y desinteligencia —culpable o no— de sus propietarios. "Cosa rara" por lo que es como concepción del arte en la época y por tratarse de pintura mural, ese género tan intransitado por nuestra plástica nacional. Hoy —basta verlos— esos murales, con vastas zonas cubiertas de mugre espesa o desprendidas del soporte, se nos vienen abajo. No alcanzó con que se tratara de Torres García. No alcanzó con que estuviera en juego un eslabón del acervo artístico nacional alrededor del cual, desde hace tiempo, giran los intereses de ciertos coleccionistas norteamericanos. No alcanzó con que se tratara de una de las obras pictóricas más importantes del arte contemporáneo latinoamericano. Se nos vienen abajo.

Pero hasta ahí, la historia se inscribe dentro del área de lo verosímil y lo verdadero. Lo inverosímil pero también verdadero empieza después.

Ante el progresivo deterioro, ¿qué hacen los responsables o dueños de los murales —la Fundación Torres García, el Ministerio de Cultura, el de Salud Pública, el Museo Nacional de Artes Plásticas?

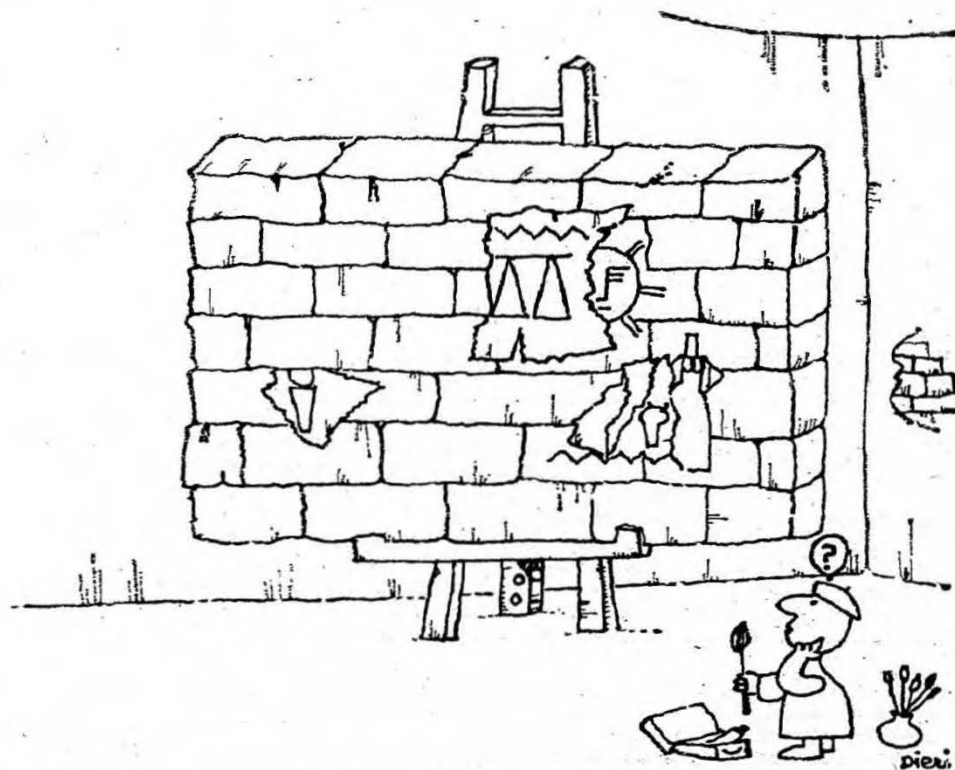
¿Consultan al Taller de Restauración del Patrimonio Artístico de la Nación cuyo primer cometido establecido por ley es "la restauración de las obras que integran el patrimonio histórico, artístico y cultural de la Nación"? No; ni siquiera un aviso telefónico. ¿Contratan técnicos extranjeros? Tampoco. Consultados algunos restauradores españoles, pidieron tanto que se desechó el intento. En diciembre del año pasado el director del Museo Nacional de Artes Plásticas envía una nota a UNESCO para que ésta consiga un técnico. Pero resulta que, precisamente becado por UNESCO para especializarse en esas cosas, ya hay en Uruguay quien está en condiciones de encarar el trabajo o de asesorar respecto de la restauración de los murales. Se hace saber esto al mencionado director a la Dirección de Cultura del Ministerio de Cultura, al Ministerio de Salud Pública a través de su asesor artístico, y a la propia Fundación Torres García a través del señor Augusto Torres. ¿Se consulta, entonces, a esa persona? No, no se la consulta; se deja pasar un tiempo, y un buen día se anuncia en la prensa (exactamente el 15 de junio próximo pasado) que los trabajos de restauración se confían oficialmente al señor Carlos Giaudrone, discreto restaurador de pintura de caballete pero sin experiencia alguna en el tratamiento de pinturas murales.

Sin la seriedad mínima de un llamado público, sin el aval de una asesoría técnica, a sabiendas de que las cosas podían y debían ser hechas de otra manera, lo inverosímil se hace verdadero: Torres García es puesto, sin consulta ni compulsación alguna, en manos de Giaudrone. ¿Qué sucederá con esos murales? Aunque no resulta difícil preverlo, el tiempo lo dirá, pero sobre todo lo dirá la historia del arte en el Uruguay. Y lo que suceda tendrá una responsabilidad compartida. Caben, naturalmente, otras preguntas, como por ejemplo, a base de qué criterios se decidió la elección del mencionado restaurador para estos trabajos en una obra que integra el patrimonio artístico nacional..., o qué razones hubo para descartar a priori una consulta al Taller de Restauración del Patrimonio Artístico de la Nación...

El desprendimiento de estos murales y su cambio de soporte —porque de eso se trata— requiere el trabajo de un equipo de gente entendida en esa técnica: ¿con quiénes trabajará el señor Giaudrone?, ¿quién juzgará la aptitud de ese equipo? Giaudrone o los que juzgaron la de éste? Y en

JUAN CARLOS SOMMA

Torres García se va



otro orden de cosas, ¿por cuál de las varias técnicas de desprendimiento se optará en este caso y por qué? ¿Tendría inconveniente el señor Giaudrone en que sus trabajos puedan ser vistos por quien lo desee?

2 Pero lo que sucede con los murales del viejo maestro para quien el arte era, sobre todo, una cosa muy seria, no es una isla en el panorama de lo que sucede con la mayor parte del acervo histórico, artístico y cultural de este país. La improvisación y la coquetería son males endémicos. Ahí está, por ejemplo el Taller de Restauración del Patrimonio Artístico de la Nación, dependencia del Ministerio de Cultura desde 1965. Con el enorme primer cometido que transcribiéramos antes, cuenta, para gastos, con un presupuesto anual de 90 mil pesos... con restauradores (algunos de ellos con largo oficio y especializados en Alemania o en México) que perciben el fabuloso sueldo de 17 mil pesos nominales..., con su sede en el local del ex-Museo Aduanero y de Hacienda —Aduana de Oribe—, sin disponer, desde hace tres meses, de unos pocos pesos para reponer los vidrios rotos de la puerta de acceso al taller y, por lo menos, frenar así la lluvia y el viento que aceleradamente van minando para siempre los Blanes, Fonseca, Blanes Viale y Larravide que, a la espera del pronunciamiento sobre los presupuestos de restauración elevados en setiembre del año pasado, boguean su coma. Los dineros oficiales no están para eso.

Por ley y reglamento, toda obra perteneciente a museo, biblioteca u otra dependencia del estado que deba ser sometida a procesos de restauración, debe cubrir su trámite a través del Taller de Restauración mencionado. En los hechos, cada director o responsable de aquellas dependencias resuelve por sí y elige y paga al restaurador que le parece. Y paga... eso es lo más extraño, porque el

taller oficial sólo puede disponer de 17 mil pesos para sus restauradores, mientras que por una restauración particular se paga lo que el restaurador pide.

Lo inverosímil, pues, hace tiempo que es verdadero.

El problema, naturalmente, tiene otras puntas y su solución sólo puede imaginarse o pensarse en un contexto de soluciones reales y radicales para todo el fenómeno cultural nacional.

La centralización, por ejemplo, de toda la actividad de restauración y conservación, es imprescindible. Nada puede hacer el taller oficial —pongamos el caso— en el Palacio Legislativo que cuenta con sus propios restauradores (llamémoslos así) y con un abundante material artístico y cultural en progresivo deterioro...; nada puede hacer el taller oficial en los museos y bibliotecas municipales, ya que la Intendencia tiene también sus propios restauradores... Mientras no se logre una centralización adecuada (hubo ministros que lo intentaron pero no tuvieron tiempo...), los museos municipales de Montevideo y del interior y todo el arte, la historia y la cultura en sus expresiones materiales de permanencia, continuarán hamaclándose en el vaivén de la arbitrariedad de la buena voluntad o de la negligencia de sus cuidadores.

Pero hay otras complicaciones: como la recién creada comisión que tendrá que ver en la preservación de monumentos históricos y en la salida del país de (hasta) manuscritos de autores nacionales, medallas y cualquier objeto "raro"... Superposición de cometidos, ampliación de atribuciones, desconexión con instituciones ya creadas. A veces no resulta demasiado difícil llegar a la comprobación de que a ciertos impulsores de instituciones culturales conviene más un nombre que la cosa nombrada, más una apariencia coque-

ta que la instrumentación humilde y realista de los mecanismos de funcionamiento.

3 La restauración no es un misterio. Claro que tampoco es un juguete de aficionados. Es una técnica, una técnica compleja con vastas zonas todavía en experimentación. Y aunque el señor Giaudrone diga a la prensa que durante el año que pasó en Stuttgart "aprendió todos los misterios de la restauración", el asunto no es así. Ni se trata de misterios ni los secretos están todos develados. Es, diríamos, una técnica en desarrollo en la que se conjuga la aplicación de muchas técnicas. Un espectro que abarca desde la prueba del carbono 14 para determinar, por ejemplo, la edad de una cerámica prehispánica hasta la graduación de una infusión de té para colorear un papel, desde la regeneración de un barniz hasta la consolidación de una seda o de una piedra o de un pastel, desde la recuperación de una ciudad subterránea hasta el reentelado de una pintura de caballete, desde la instalación de un microclima hasta, por ejemplo, el desprendimiento y traslado de una pintura mural... Las más diversas técnicas al servicio del mismo interés. Y la humildad y la capacidad son las primeras y gemelas condiciones de un restaurador experto: humildad para reconocer dónde pasa la línea divisoria entre la realidad y la audacia, y capacidad para llegar sin titubeos hasta los límites de esa realidad. Un zapatero puede ser un artista del calzado, pero eso solo no justifica que un día se ponga a sacar muelas, aunque esto sea (para el odontólogo) mucho más fácil que clavar una media suela. Siempre hay una línea divisoria. El dominio de una técnica no implica ni justifica la intromisión en otra. Se puede ser un excelente restaurador de pintura de caballete, pero eso solo no avala una intervención en el área de la pintura mural cuya técnica de restauración es otra completamente distinta.

En el caso que nos ocupa —el de los murales del Saint-Bois—, aparte de las irregularidades anotadas, hay otros ángulos que completan el panorama inquietante.

Conocemos, por observación y análisis directos, el estado en que se encuentran esas pinturas. Trabajos en equipo realizados en México sobre diversos murales contemporáneos y prehispánicos, unidos a todo el curso teórico sobre la especialización, nos hacen tener una idea de la complejidad de la tarea. Nuestra preocupación por la adjudicación de los trabajos al mencionado restaurador de pintura de caballete no está motivada por razones de "competencia profesional". Tal competencia no existe, sencillamente porque Giaudrone carece de antecedentes en tratamiento de pinturas murales. Ojalá existiera una competencia. Y lo que nos preocupa es precisamente eso: que no exista. Lo que existe, en cambio, parece ser —por lo menos— un alarmante desconocimiento de la divisoria entre realidad y audacia, con el consiguiente e inevitable riesgo que tal actitud conlleva.

Es la primera vez que en el Uruguay se encara una empresa de tal importancia para el arte y para la técnica. En países donde la técnica del mural y de la restauración se han desarrollado abundantemente, tal empresa supondría —hemos podido comprobarlo— no sólo la discusión abierta y previa de los mejores expertos en la materia, sino que luego, para la realización de los trabajos, se escogería el equipo de más probada solvencia. Aquí, como para tantas cosas nuestras, parecería que no hay coraje para transitar las etapas previas que el sentido común reclama, y con el desenfado propio de la improvisación —lo que no implica necesariamente mala fe— se echan a andar las cosas y que pase lo que pase.

Torres García se va. Lo triste es no saber exactamente hacia dónde.